

nas, mas sesenta y seis de lo mismo, (distinción sutilísima que no alcanza un galgo en qué pueda apoyarse), dedica el *Levitico* dos capítulos seguidos á la *lepra* y su limpieza, enfermedad que tenia hechos una lástima á los israelitas; lo cual permite deducir que tanto venerable patriarca é inspirado profeta como produjo la casa de Jacob, debieron pasar gran parte de su vida rascándose. Dejo á los médicos el sondeo de estas disposiciones, que á mí, profano en la materia, me parece que indican demasiada ignorancia, suciedad ó mala fe en Jehová, pues sabiéndolo todo, como dicen que lo sabe, bien podía á sus elegidos haberles enseñado á gastar camisas y los sencillos procedimientos con que hoy se cura, y no andarles tomando el pelo con inmunidias y alejamientos incómodos, en que cada hebreo se convertía en una especie de *conde de Uñate*.

\* \*

Recomiendo á los jóvenes, y aun á los viejos, que no lean el capítulo XIII del *Levitico*, pues ciertas cosas más vale no leerlas, que aprender cómo se castigaban entre los israelitas, á quienes Jehová habla aquí tan en crudo como habla un cabo de escuadra en la cantina, cuando un quinto aficionado al sexto paga la patente.

\* \*

El capítulo XVI trata de los sacrificios que debía ofrecer el sumo sacerdote el día solemnísimo de la expiación ó perdón general de los pecados. Y halló en él, mezcladas con la sangre, las entrañas y los excrementos de los animales, una cosa rarísima, lector, sobre la cual llamo la atención.

Leo textualmente:

«Después (el sumo sacerdote) tomará los dos machos cabrios, y los presentará delante de Je-

hová á la puerta del tabernáculo del Testimonio. Y echará suertes Aaron sobre los dos machos cabrios: la una suerte por Jehová, y *a otra suerte por Azael*, y hará allegar Aaron el macho cabrio sobre el cual cayó la suerte por Jehová, y ofrecerá por expiación. Mas el macho cabrio sobre el cual cayere la suerte por Azael, le presentará vivo delante de Jehová, para hacer la reconciliación sobre él, y enviarle á Azael al desierto.

»Y pondrá Aaron ambos manos suyas sobre la cabeza del macho cabrio vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrio, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto.

»Y aquel macho cabrio llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos á tierra inhabitada; y allí dejará ir al macho cabrio por el desierto.»

¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir estas palabras? ¿Quién es este Azael, el cual se indica que está en el desierto, y á quien se le envía un macho cabrio, después de haber cargado al pobrecito animal con todos los pecados y pecadillos de un pueblo numeroso, que cometía las aberraciones á que se entregaba el pueblo judío en esta época, bien indicadas en este libro por las bárbaras penas impuestas á los sodomitas, á los incestuosos? etc.

Pasa el *Levitico* sobre ésto como sobre ascuas. Ni vuelve á nombrar á Azael, ni nos dice quién era este caballero, ni qué hacía con el macho cabrio que con tal carga se le enviaba con frecuencia. Yo no he podido rastrear noticia seria acerca de si estos machos cabrios llegaron siempre y con puntualidad á su destino. ¿Quién no me dice á mí que los animalitos cornúpetos de que se trata, al verse tan extemporáneamente libres, no tomaron á trote largo el camino del monte,

no en busca de Azael, sino de la dulce compañera (quiero decir, una cabra), de que habrían sido recientemente separados, endosándola al encuentro y de corrida, la pesada carga de tantísimo pecado, en forma poco correcta y conveniente para la Divinidad? Espero yo, lector, á topar con algún teólogo, consumido en esta clase de investigaciones, para poderme ilustrar en este punto de Azael: por ahora, habrás de contentarte con la irreverente suposición que me ha sugerido mi ignorancia.

\* \*

Voy aquí á examinar la penalidad establecida en este libro para varias clases de delitos, muy someramente por cierto, y reuniendo dispersas disposiciones, para que los hombres de ley de nuestro siglo examinen, si es posible que de Dios, todo justicia y misericordia, puedan provenir semejantes atrocidades.

Castigase con PENA DE MUERTE, que se ejecutaba de ordinario apedreando al reo, lo siguiente:

- 1.º Los que entregaban algún individuo de su familia al ídolo Moloch.
  - 2.º Los que maldecían á sus padres.
  - 3.º Los que consultaban adivinos.
  - 4.º El adúltero y la adúltera.
  - 5.º Los incestuosos, varón y hembra.
  - 6.º Los sodomitas.
  - 7.º El que se ayuntare con madre é hija: los tres eran quemados.
  - 8.º Los que cometieren bestialidad, y las bestias juntamente.
  - 9.º El que yaciere con mujer menstruando, y ella.
  10. El homicida.
  11. El blasfemo.
- Paréceme que basta para que estas leyes, en

vez de mosaicas, se llamen draconianas con justicia, puesto que manan sangre,

\* \*

Moisés pertenecía á la tribu de Leví, y sin poderlo remediar, le tiraba esta gente del corazón. Ya hemos visto cómo la ha destinado á las altas y holgadas funciones del sacerdocio, é indicado que por el establecimiento del diezmo la había enriquecido y eximido del trabajo, punto sobre el que volveremos más adelante.

Ahora quiero mostrar que Moisés sabía hacer los favores por entero, que es como tienen mérito y se hacen agradecibles. En el capítulo XXI del *Levítico* se establecen varias leyes acerca de los sacerdotes, que lo prueban elocuentemente. En primer lugar ordena que los sacerdotes no se prostituyan á las ridículas prácticas que se usaban entonces en los funerales, y después, con una previsión tan enérgica como bondadosa, les impide casarse con viuda, repudiada, infame ó ramera. Hombre entendido, sin duda, en estos negocios, manda que los sacerdotes «tomen mujer con su virginidad» (vers. XIII), y que «no mancillen su simiente.» (vers. XIV.)

\* \*

Hallo perfectamente en su lugar cuanto en este capítulo XXI se refiere á la estética sacerdotal. Realmente, un corcovado, un tuerto, un patizambo, un cojo, un pelón, un legañoso, por buenos y santos que sean, no valen gran cosa, que digamos, para el sacerdocio. Moisés así al menos lo pensaba; y en consecuencia ordenó, colgándole el milagro á Jehová, que jamás esta clase de gente, así como el ciego, el manco, el sarnoso, el que padezca empeine ó *tenga el compañón relajado*, no pasaran del velo adentro, ni se allegasen al altar. Sin embargo de no servirse de ellos, obliga á los israelitas á mante-

nerlos, pues establece que del *pan de su Dios* coman. ¡Oh nepotismo! ¡Y que no tienes anti-güedad en este mundo!

\*  
\* \*

Con perdón de la estética, parécenme un tanto crueles é impias estas exclusiones. ¿No es tan hijo de Dios el jiboso como el que tiene la columna vertebral en su ordinaria curvatura? El que se quedó cojo ó manco haciendo una obra de caridad, ¿no es más digno de sacrificar á su Dios que el buen mozo que conservó su belleza en una holganza egoista? Indudablemente.

Jehová, sin embargo, no los quiere para su servicio: así lo dice Moisés. En un juicio tal vez no te extrañe esto, lector católico, si por acaso mis impias NOTAS SOBRE LA SANTA BIBLIA alcanzan el honor de tu atención, con el debido permiso de la Santa Iglesia, por supuesto. Empero, observa que la Iglesia católica mantiene en su totalidad estas exclusiones, y con ellas la crueldad horrible de desechar en el servicio de Dios á un hombre defectuoso físicamente, por más perfecciones morales que atesore en su corazón.

No habrás visto á cojos, tuertos ni jibosos cantar misa, porque la Iglesia tiene buen cuidado de no ordenar sus sacerdotes sino después de someterlos á un registro parecido al que se somete á los quintos. ¡En nombre de Dios se excluye del servicio divino la criatura humana que cayó en defecto físico!

¿Te asombras al notar esta especie de aberración? Pues es la cosa más natural del mundo. Es el culto católico puro formalismo, como lo era el culto judío, y en un culto de esta clase hay que tener mucha cuenta con las formas, y evitar á todo trance lo ridículo, que haría venir al suelo en una hora las más peregrinas lucubraciones de la mística.

Díme si tú mismo ¡oh católico más ultramontano! al ver avanzar hacia el ara sagrada á un *fac simile* del famosísimo Quasimodo (el campanero inmortal que puso el genio de Víctor Hugo en lo alto de las torres de Nuestra Señora de París), renqueando una pata, balanceando la monumental corcova, puesto el ojo de ciclope en el el cáliz sostenido por aquellas manazas de gigante, cubierto con una casulla colorada, arrastrando el cingulo por la cortedad de las piernas, díme, repito, si no perderías los estribos de la formalidad, y olvidándote de la transubstanciación que opera con unas cuantas palabras latinas, no soltarías el trapo al verle alzar la Santa Hostia y engullirla luego en aquella sima asquerosa de una boca desdentada, babosa y mal oliente.

Si, te reirías sin poderlo remediar. Y para evitarlo la Iglesia católica, siguiendo en esto á Moisés, desecha del sacerdocio á los defectuosos, por más sabios y más buenos que sean estos desgraciados hijos de Dios. ¿Es esto una crueldad? ¿Es una aberración? No. Es simplemente la consecuencia de un principio. Si para dirigirse á Dios necesita el hombre un intermediario, un sacerdote, precisa que este sacerdote sea hombre de buena presencia; de lo contrario, en vez de respeto, inspiraría el intermediario risa, y pronto el fiel comprendería que, siendo Dios Padre de todos los hombres, para nada necesita un bizco de que un tuerto le enseñe el camino del Paraíso.

En el capítulo XXII del *Levitico* se establecen varias leyes sobre las ofrendas, todas ellas firmadas *Yo Jehová*; de donde barrunto debe haberse tomado la pretenciosa formulilla de *Yo el Rey*, con que se publican todavía las nuestras. Para que el parecido sea completo con la *Gaceta de Madrid*, el *dijo Dios á Moisés*, de cajón en todo el Pentateuco, equivale al refrendo de nuestros ministros responsables: de donde deduzco

que el sistema constitucional, que se pretende hacer pasar como cosa moderna y de última moda, es más viejo que un palmar, por lo que no me extraña verle ya al pobre tan arrugadito y necesitado de que los *martistas* le echen una mano, diciéndole: *tente, no te caigas*.

Entre estas leyes las hay sapientísimas, puesto que prohíben las ofrendas de animales heridos, magullados, perniquebrados, ciegos, sarnosos, mutilados, verrugosos, roñosos, defectuosos, en fin, de cualquier manera que fuese; toda vez que habiendo de ser comido por los sacerdotes, era lógico que éstos eligiesen de lo mejor. ¡Valientes majaderos hubieran sido Moisés y los levitas, ya que ellos hacían la ley, no pidiendo en ella lo mejor de lo mejor para sí mismos! No la monumental especie de tiara con que se adornaban la testa, sino una cabezada, hubiesen merecido los hijos de Aaron si descuidaran este interesante punto, exponiéndose á indigestiones.

\*  
\* \*

El capítulo XXIII vuelve á la carga del Sábado y de las fiestas principales, cosa tan repetida, que huele ya á ensalada fiambre. El XXIV revuelve el aceite de las lámparas con las penas de los blasfemos, lo que nos permite admirar una vez más el orden y la armonía con que Jehová dictaba á Moisés los preceptos salvadores del pueblo escogido.

\*  
\* \*

Copio del capítulo XXV:

«Cuando hubiéreis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra hará Sábado á Jehová. Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña, y cogerás sus frutos; y el séptimo año la tierra tendrá sábado de *holganza*, sábado de Jehová; no sembrarás tu tierra ni podarás tu viña.

»Lo que de suyo naciere en tu tierra segada, no lo segarás; y las uvas de tu viñedo no vendimiarás: un año de *holganza* será á la tierra. Y á tu animal, y á la bestia que hubiere en tu tierra, será todo el fruto de ella para comer.»

Hecho á leer en la Historia las más raras costumbres, en pueblos antiguos y modernos, declaro no haber hallado otra tan rara y original como esta costumbre de los judíos de *holgar* totalmente los años séptimos, todo el año. Pero considero más raro todavía que esta costumbre, que no quiero calificar, traten de fundamentarla en un precepto divino, en una orden de Jehová, que fuera preciso tuviera, no ya la omnisciencia que es de suponer en Dios, pero ni siquiera el caletre del último zascandil dedicado á rastrear la economía política, para establecer una botaratada por el estilo. ¡Bonitas cosas se verían en el año sabático en Judea, estando todo el mundo, chicos y grandes, hombres y animales, y hasta la tierra, de *huelga*!

Los cristianos, á pesar de que Jesús dijo que antes pasarían el cielo y la tierra que una tilde de la ley de Moisés, no tienen año sabático, y desafío á todos los príncipes católicos y al Pontífice romano á que se atrevan á restablecer esta ordenanza divina.

\*  
\* \*

Y aun les desafío á otra cosa, y es á poner en rigor este otro mandato de Jehová, que, copiado á la letra, dice así:

«Y te has de contar siete semanas de años, siete veces siete años; de modo que los días de las siete semanas de años vendrán á serte, cuarenta y nueve años.» (¡Y que no usaba circunquios aritméticos el caballero Jehová!)

«Entonces harás pasar la trompeta de jubilación en el mes séptimo, á los diez del mes; el día de la expiación haréis pasar la trompeta por toda vuestra tierra.» (¡Tocando ó sin tocarla!

Porque si la pasaban por la tierra en sentido literal, pronto la trompeta se desgastaría sin hacer ningún ruido. ¡Qué manera de hablar tan precisa la de estos escritores iluminados!) «Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra á todos sus moradores: éste os será jubileo; y volveréis cada uno á su posesión, y cada cual volverá á su familia.

»El año de los cincuenta años os será jubileo: no sembraréis, ni segaréis lo que naciese de suyo en la tierra, ni vendimiaréis sus viñedos. Porque es jubileo, santo será á vosotros, el producto de la tierra comeréis.» (¡Sin duda que enorgondarian con el tal producto!)

«En este año de jubileo volveréis cada uno á su posesión. Y cuando vendiéreis algo á vuestro prójimo, ó compraréis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno á su hermano. Conforme al número de los años después del jubileo comprarás á tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos, venderá él á tí.»

Para que veas mi imparcialidad, lector, te digo que en este punto me encanta Moisés; digo, Jehová, mejor dicho, los dos, que me parecen socialistas rojos, con su gorro frigio encasquetado, que dan ciento y raya á los *comunistas de París*. Esto del jubileo, esto de cada cuarenta y nueve años hacer cuenta nueva, nuevo repartimiento de la tierra, de las casas, etc., me saca de quicio, porque te aseguro que soy socialista de verdad, y cuando veo autorizado mi ideal de la liquidación social por Dios en persona, y por su primer ministro Moisés, me relamo de gusto. A punto estoy, arrastrado por mi entusiasmo, de tirar la pluma critica, y, cogiendo una tercerola que guardo de repuesto de cuando fui muchacho y capitán de milicianos, echarme á la calle proclamando *jubileo general* en este año de gracia de 1883. Pero... ¡tate!... hace mucho frío... y lo que pescaría sería una pulmonía, y

no los bienes que fueron de mis ilustrísimos abuelos, entre los cuales presumo, como buen español, moreno y de ojos negros, haber tenido un rey de taifa, que á su vez presumía descender en línea recta del muslo de Mahoma, como éste de los lomos de Abraham, el cual fué hijo de Noé, que lo fué de Enós, que lo fué de Set, que lo fué de Adán, que lo fué de Dios, según atestigua San Lucas en su Evangelio. Y, además, presumo que de pescar alguna otra cosa proclamando el jubileo, en reclamación de ser puesto, como Dios manda, en los bienes de mis abuelos, sería esta cosa una paliza de alguna pareja de orden público, que, trasfiriéndome al juzgado, me expondría á unos cuantos años de presidio, como demagogo repartidor de bienes, ó á que me encerraran de por vida en el manicomio de Leganes. ¡Porque el señor Rey D. Alfonso de Borbón, sus ministros, sus jueces y fiscales, gobernadores y guindillas de menor cuantía, presumen, eso sí, de muy católicos, de muy apostólicos, y de muy romanos; pero en esto del jubileo, se me figura que hacen tanto caso de la palabra de Dios como de las nubes de antaño! Y pensar en acudir á los príncipes de la Iglesia para el repartimiento de los bienes y la extinción de las deudas, es pensar en lo excusado. Jubileos tienen ellos, pero son jubileos de cama, en que, en vez de darles lo que fué suyo de pasado, lo único que hacen con los pobres *jubilantes* es zarandearlos á su gusto, y sacarles los cuartos que tienen de presente.

Y ve aquí, lector, por qué me quedo en casa, contra mis instintos, y por qué también ando á la greña con la Iglesia católica en estas NOTAS: porque lo poco bueno y de mi agrado que dijo Jehová, ella lo tiene puesto en entredicho, ó baldío, en perjuicio de todos: en perjuicio mío, y tal vez tuyo, lo del jubileo: en perjuicio suyo, aquello de que te tengo hablado, sobre que los sacerdotes

tomarán *mujer con su virginidad*, pues ahora, de tomarla, habrá de ser de tapadillo, y en esta clase de *tomaduras* hay riesgo manifiesto de salir diciendo con Quevedo: *más catada que colmena, más probada que argumento*.

\* \*

En el capítulo XXVI, Jehová, tratando á sus israelitas como se suele tratar á los niños, les dice que si cumplen lo que les tiene mandado les dará confites, pero que si le desobedecen *lloverá sobre ellos toda género de calamidades*. Con toda su onisciencia, no sabe una palabra de si cumplirán ó no sus ordenanzas; como no sabe un padre de nuestros días que se va al teatro, si sus niños se portarán bien ó mal durante su ausencia. ¡Deploramos la poca trastienda de los que fabricaron á Jehová!

\* \*

En el último capítulo de este libraco del *Levitico* se habla de los votos, que ya es antigua esta clase de *chifladura*, la cual hace pagar Jehová bastante cara, en dinero contante y sonante, que se había de entregar á los levitas, cosa que encuentro muy en su lugar, porque ya entonces debía andar corriendo por el mundo aquello de que «el loco por la pena es cuerdo.»

\* \*

También hallo muy justo que en los versículos XXX y XXXI diga lo siguiente: «Y todas las décimas de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová son: es cosa consagrada á Jehová.—Y si alguno quisiere redimir algo de sus décimas, añadirá su quinto á ello.» Sí, señor, esto lo hallo muy justo. ¿No quería Moisés que los levitas viviesen holgada y cómodamente? ¿Pues qué mejor manera de conseguirlo que los diezmos? Así, sin sembrar, ni

plantar, ni trillar, ni segar, ni vendimiar, ni varear los olivos, tenían pan, vino, aceite, frutas y cuanto les hacía falta. Asombrémonos de su inmenso talento, y de la inmensa estupidez de los que se dejaban diezmar.

NOTA DE NOTAS.—El cura de mi pueblo, y los de otros pueblos también, echan espumaraños de rabia contra un tal Mendizábal, que dicen abolió los diezmos, que aquí en España se pagaban todavía no hace muchos años. ¿Saben ustedes quién fué ese señor Mendizábal, que se atrevió á burlarse de Jehová y contradecir estos versículos? Si ustedes le conocen, denle un abrazo apretado de mi parte, sin que lo sepan, por supuesto, el cura de mi pueblo y de otros pueblos, que, aunque no me han excomulgado todavía por estas *Notas*, con las cuales más de cuatro sé yo que pasan ratos deliciosos, tal vez no dejarán pasar esto del mendizabalesco abrazo.

## LOS NÚMEROS

## XXI

Si á su nombre atendiéramos, y á la materia que contiene el primer capítulo de este libro de *los Números*, podríamos considerarle un tratado de estadística muy recomendable por su venerable antigüedad. Dícense en él cuántos eran los israelitas, al hacerse el recuento ó empadronamiento por Moisés; y como á mí estas cuestiones de números me encantan, y no puedo (¡fuerza de la costumbre!) resistir la tentación de encasillarlos y encuadrarlos convenientemente, voy, con permiso de Moisés, á poner un poquito de orden en sus cuentas, para entenderlas mejor.

Los individuos que figuran en este empadronamiento, son: «Todos los varones de veinte años arriba, todos los que podían salir á la guerra.» Desde luego hay aquí una falta de claridad altamente deplorable: pues por la primera proposición, hay que entender que fueron empadronados

todos los individuos de veinte años; más por la segunda que sólo lo fueron los útiles para la guerra, sin que conociéramos el cuadro de exenciones á la sazón vigente, lo que nos impide calcular los individuos en que la primera cuenta excedía á la segunda, ni sacar el tanto por ciento ó relación correspondiente, como fuera de rigor en un estadístico que supiera medianamente su oficio, como debiera serlo Jehová, que se queda muy por bajo, por esto sólo, del último oficial de nuestro moderno cuerpo de estadística.

La cuenta fué echada por tribus, como era natural, que no en todo se había de andar Jehová por las ramas; de modo que, disponiendo las cosas á la moderna, resulta el siguiente cuadro:

TRIBUS	Individuos de veinte años arriba, útiles para la guerra.
Tribu de Ruben.....	46.500
— de Simeon.....	59.300
— de Gad.....	45.650
— de Judá.....	64.600
— de Isachar.....	54.400
— de Zabulon.....	57.400
— de Efraim.....	40.500
— de Manasés.....	32.200
— de Benjamín.....	35.400
— de Dan.....	62.700
— de Aser.....	41.500
— de Neftali.....	53.400
TOTAL.....	603.550

Falta en este cuadro la tribu de Levi. ¿Por qué? Porque los levitas no fueron contados por orden de Jehová. Pero como á Jehová no se le daba una higa de contradecirse, más adelante manda contarlos, y los cuentan; pero no ya de

veinte años arriba y útiles, como á los demás israelitas, sino de un mes arriba, y resultan:

Levitas de un mes arriba, 22.000.

Por más vueltas que le doy, no me sale á mi la cuenta que me había propuesto echar, que era consignar el número total de israelitas en tiempo de Moisés. No puedo sumar los levitas á los otros, porque son números heterogéneos respecto á la edad. Me habré de limitar á un cálculo aproximado.

Supongo, pues, que, pasando las cosas entonces como ahora, respecto á la mortalidad de las distintas edades, de los 22.000 levitas, de un mes arriba contados, sólo la mitad, ó sea 11.000 en números redondos, como lo son todos los de las tribus empadronadas del cuadro anterior (observación curiosa que no debes dejar escapar, querido lector), pueden computarse como de veinte años arriba, y útiles, por añadidura.

Sumando, pues, tendremos:

Todas las tribus sin los levitas.....	603.550
Levitas.....	11.000
	<hr/>
	614.550

Comparando los levitas<sup>\*\*</sup> con las demás tribus, se observa que, á pesar de vivir holgadamente, de estar destinados al sacerdocio, llenos de privilegios, son muchísimos menos que sus compañeros. Como aún no habían entrado en Canaan, viniendo de trabajar todos en Egipto, no puede achacarse esta asombrosa infecundidad de Leví á la vida literaria, sino á flaqueza natural de los forjadores del culto judaico y de las revelaciones de Jehová.

Pero dejemos esto á otra clase de crítica, y prosigamos el cálculo. Resultando 614.550 hombres de veinte años arriba, *útiles para la guerra*,

¿qué número total de individuos formarían el pueblo de Dios, que, salido de Egipto á la escada, andaba, al ser empadronado, peregrinando por los desiertos de la península arábica?

Sé que mi cuenta está sujeta á error, y sé que será impugnada de chica ó grande por los estadísticos modernos; pero como soy libre de opinar, opino que los contados debían constituir la octava parte del total de población, incluyendo mujeres, chiquillos y esclavos.

En resumen: que para mí, la chusma que pasó el mar Rojo á pie enjuto, huyendo de la caballería de Faraon, á los pocos años de andar peregrinando, constituía un pueblo de *cerca de cinco millones de individuos*, que es el mayor milagro que en la Biblia encuentro. Ni el vivir de maná, ni el ayuno de Moisés, ni los truenos y relámpagos del Sinai, ni las tablas escritas por Dios, ni la nube, ni la bocina, nada me choca tanto como que cinco millones de criaturas humanas anduvieran de la Ceca á la Meca por espacio de cuarenta años, huyendo de los egipcios, y procurando evitar encuentros con los cananeos, ammonitas y demás pueblecillos cuyas tierras codiciaban. ¡Cinco millones de personas!—¡Pues ahí se meten en cualquier parte, y se las habla de cualquier modo y á cualquiera hora, como las hablaba Moisés! ¡En cualquier parte acampan, como se las hace acampar!

Creo que en la cuenta se debió correr Moisés, so pena de que se corran de vergüenza los que tengan por cierto que tantas personas como son los catalanes, aragoneses y valencianos de hoy día juntos, tantas como todos los portugueses, anduvieran á la rastra de un solo hombre por medio siglo, sin sembrar, ni plantar, ni cultivar, ni comerciar, ni fabricar, ni comer carne, sino viviendo aislados, alimentándose de maná que les caía del cielo, y bebiendo el agua que una vara mágica hacía saltar de las duras y peladas

rocas de los abrasados desiertos de la Arabia.

\*  
\* \*

¿Sabes, lector, por qué se contaron los levitas de distinta manera que los demás hebreos? Porque para más autorizar Moisés los privilegios que en favor de ellos establecía, hace decir á Jehová que á Dios *eran debidos* todos los primogénitos. Este *eran debidos* significaba, entre los crueles pueblos sacrificadores de víctimas humanas, que á Dios debían inmolarse los primogénitos, y entre los israelitas, que debían consagrarlos al culto de Jehová. Moisés hace una especie de retruécano, y consagra, en vez de los primogénitos israelitas, los levitas todos, que eran su familia. Se echa una nueva cuenta, y resultando de ella que los primogénitos de todo Israel eran 22.273, mientras que los varones levitas eran, como se ha visto; 22.000 cabales, habiendo todavía 273 primogénitos más que levitas, hácese rescatar á las otras tribus estos 273 primogénitos al precio de cinco siclos por cada uno. Aaron, sumo sacerdote, gracias al retruécano y á la gramática parda de su hermano, además de las prebendas recibidas, embolsa 1.365 siclos. ¡Esto es saber trasquilar á las ovejas!

\*  
\* \*

Si este número tan redondo como sospechoso de los 22.000 primogénitos nos sirviera para el cálculo de la población, podríamos discurrir de esta manera: 22.000 primogénitos existentes son, poco más ó menos, 30.000 familias, que á cinco individuos una con otra hacen 150.000 individuos; mas otros tantos, tirando de largo, en que pudiéramos calcular los no incluidos en ellas, dan 300.000 almas para el pueblo de Moisés, que por otro sistema hemos visto ascender á la friolera de cinco millones, es decir, un pueblo acampado en el desierto, que es igual que el pueblo portu-



gués, mayor que el holandés, etc. Por un lado cinco millones; por otro, un tercio de millón, es mucha diferencia, ¡mucha! ¡mucha!; y abandono mi propósito de averiguar el verdadero número de los iraelitas en el Desierto, porque, ó las leyes del cálculo, ó las de la generación, han debido variar del tiempo de Moisés al día.

\* \*

Acabada la estadística, pasan los *Números* á ordenar la distribución de los oficios sacerdotales entre las tres familias en que se dividían los levitas, y como yo, ni tú lector, hemos de hacer oposición á ninguna de estas prebendas, maldito lo que nos importa saber quién las tuvo. ¡Adelante, pues!

\* \*

¡Atención! ¡Atención! Capitulo V, versículos XI y siguientes:

«Y Jehová habló á Moisés, diciendo: Habla á los hijos de Israel y diles:

»Cuando la mujer de alguno se desmandare, é hiciere traición contra él, que alguno se hubiere echado con ella en carnal ayuntamiento, y su marido no lo hubiere visto, por haberse ella contaminado ocultamente, ni hubiere testigo contra ella, ni ella hubiere sido cogida en el acto, si viniere sobre él el espíritu de celo, y tuviere celos de su mujer, habiéndose ella contaminado; ó viniere sobre él el espíritu de celo, y tuviere celos de su mujer, no habiéndose ella contaminado; entonces el marido traerá su mujer al sacerdote, y traerá su ofrenda con ella, la décima parte de un epha de harina de cebada: no echará sobre ella aceite, ni pondrá sobre ella incienso; porque es presente de celos, presente de recordación que trae en memoria pecado. Y el sacerdote la hará acercarse, y la hará poner delante de Jehová.

»Luego tomará el sacerdote del agua santa en un vaso de barro: tomará también el sacerdote

del polvo que hubiere en el suelo del Tabernáculo, y echáralo en el agua.

»Y hará el sacerdote estar en pie á la mujer delante de Jehová, y descubrirá la cabeza de la mujer, y pondrá sobre sus manos el presente de la recordación, que es el presente de celos; y el sacerdote tendrá en la mano las aguas amargas que acarrearán maldición.

»Y el sacerdote la conjurará y le dirá:—Si ninguno hubiere dormido contigo, y si no te has apartado de tu marido á inmundicia, libre seas de estas aguas que traen maldición: mas si te has descarriado de tu marido, y te has amancillado, y alguno hubiere tenido cóito contigo, fuera de tu marido (el sacerdote conjurará á la mujer con juramento de maldición, y dirá á la mujer misma): Jehová te dé en maldición, y en conjuración en medio de tu pueblo, haciendo Jehová á tu muslo que caiga, y á tu vientre que te se hinche; y estas aguas que dan maldición entren en tus entrañas, y hagan hinchar tu vientre y caer tu muslo. Y la mujer dirá:—Amén, Amén.

»Y el sacerdote escribirá estas maldiciones en un libro, y las borrará con las aguas amargas, y dará á beber á la mujer las aguas amargas que traen maldición, y las aguas que obran maldición entrarán en ella por amargas.

»Después tomará el sacerdote de la mano de la mujer el presente de los celos y mecerálo delante del altar. Y tomará el sacerdote un puñado del presente en memoria de ella; y lo quemará sobre el altar, y después dará á beber las aguas á la mujer. Darálas, pues, á beber las aguas; y será, que si fuera inmunda, y hubiere hecho traición contra su marido, las aguas que obran maldición entrarán con ella en amargura, y su vientre se hinchará, y caerá su muslo; y la tal mujer será por maldición en medio de su pueblo. Mas si la mujer no fuere inmunda, sino que estuviese limpia, ella será libre, y será fecunda.

»Esta es la ley de los celos...»

Esto lo que es, digo yo, es la sarta de disparates más grande que me he echado á la vista en letras de molde. Y la Iglesia católica que esto me da en la *Santa Biblia* por palabra de Dios, que es todo sabiduría y bondad, por ley de Dios, es un sociedad de memos, si se creen estas majaderías, ú otra cosa peor todavía si no las creen y pretenden que los demás las traguemos, so pena de arder miles de años en las calderas de Pero Botero.

Los que entre los hebreos se apartaban del comercio social para consagrarse á Jehová, haciendo solemne voto de vivir santamente, llamábase Nazareos, y los *Números* dan cuenta de los alimentos de que habían de abstenerse, de la policía de su persona, y de las ofrendas rituales que eran precisas al hacer el voto y transcurrido el tiempo porque le hicieron.

Chócame extraordinariamente que al iniciarse una religión, en el desierto, se reglamenten ya los nazareos, que me parece imposible surgieran de repente, como los hongos, en tan extraordinaria situación como en la que se hallaban los hebreos entonces. Empero, reflexionando un poco, lo chocante es que me choque nada, por anacrónico, en el *Pentateuco*, cuando tengo dicho y redicho que está escrito muchos siglos después de muerto y enterrado Moisés, á quien con mejor ó peor intención le colgaron los muñidores de estos cinco libros tantísimo milagro y tantísimo dislate.

\* \*

El capítulo VIII cuenta por menudo las ofrendas que hicieron al templo ó tabernáculo (¡vaya una palabreja!) los doce príncipes (¡vaya unos principazgos!) de las doce tribus de Israel, cosa que nos debe tener á todos sin cuidado. Después cuenta una conferencia de Dios con Moisés, ce-

lebrada en el propiciatorio; y como ya son tantas las que tenían celebradas, en esta nueva charla no hay cosa de particular.

\* \*

El capítulo IX se ocupa de la celebración de la Pascua al pie del Sinai, y de la columna de fuego y la nube que guiaron en su marcha á los hebreos, sirviéndoles de brújula en su escapatoria y zig-zags por el desierto, nada menos que por espacio de cuarenta años. ¡Cuarenta! El número cabalístico de los israelitas.

\* \*

Para que se vea hasta en qué menudencias se metía Jehová, hay que leer en el capítulo X las órdenes divinas para que se haga Moisés dos trompetas *de plata* (¡de plata! ¡para que sonaran mejor!), á cuyo estrépito toda la congregación había de tomar el portante. Si quedamos en que la congregación era de cinco millones de individuos, según nuestra cuenta anterior, parece que dos trompetas, aunque fueran de plata, son poca trompetería.

\* \*

El capítulo XI merece más consideración que los capitulillos ramplones que acabamos de anotar.

Se quejó el pueblo, dice, *á oídos* de Jehová, y Jehová, que debía estar con algún ataque al hígado, y de malditísimo humor, tan pronto como lo oye, *se enardece en furor*, y sin más acá ni más allá, consume con fuego un cabo del campo israelita. Huyendo de la chamusquina, llegan los hebreos dando voces á Moisés. Moisés, como es justo, ora, y Jehová se tranquiliza y se *soterra* el fuego. Excusados fueran los cuerpos de bomberos, las bombas y las mangas de incendio, si nuestro Excmo. Ayuntamiento topase por esos